



**ASSIA DJEBAR**, cuyas obras han sido traducidas a la mayoría de las lenguas europeas, está considerada como una de las grandes escritoras del Magreb. Es autora de más de quince títulos, varios premiados en diversos países. Han sido editadas en español y catalán las obras más representativas de su etapa de madurez: *El amor la fantasía* (1990), Premio de la amistad franco-árabe; *Lejos de Medina* (1993); *Sombra sultana* (1995), *Ombra sultana* (2002), Premio Liberatur de Fráncfort a la mejor novela de mujer; *Grande es la prisión* (1997), *El blanco de Argelia* (1998), International Literary Neustadt Prize; *Dones de Alger en les seves estances* (2002); *Las noches de Estrasburgo* y *Les nits d'Estrasburg* (2002), Premio de Ensayo en Alemania y Premio Internacional de Palmi en Italia (1998). Ha realizado y dirigido dos largometrajes, *La Nouba des femmes du mont Chenoua* (1978), Premio de la Crítica de la Bienal de Venecia de 1979 y *La Zerda des chants de l'oublie* (1982), Premio a la mejor película histórica del Festival de Berlín de 1983.

En 2000 recibió el Premio de la Paz de Fráncfort. Desde 1999 es miembro de la Real Academia de Bélgica y desde 2005, de la Academia Francesa.  
(más información [www.assiadjebar.net](http://www.assiadjebar.net))



**INMACULADA JIMÉNEZ MORELL** es editora de Ediciones del Oriente y del Mediterráneo. Compagina su labor editorial con la traducción literaria. Ha traducido, entre otros autores magrebíes de lengua francesa, a Assia Djebar (*El amor, la fantasía, Sombra sultana, Grande es la prisión, y El blanco de Argelia*), Fátima Mernissi (*Marruecos a través de sus mujeres, Miedo a la modernidad: Islam y democracia, El harén político. El Profeta y las mujeres...*), Dris Chraïbi, Abdellatif Laabi...

Es autora de *La prensa femenina en España. Desde sus orígenes a 1868* (Premio Nacional María Espinosa, 1983; Ediciones de la Torre, 1992) y «Alejandrinas», en *Biblioteca Alejandrina: Homenaje a la memoria, apuesta por el futuro* (Biblioteca Nacional, 2003).

⇒ [orienteymediterraneo@gmail.com](mailto:orienteymediterraneo@gmail.com)

## ASSIA DJEBAR, LA LENGUA DEL ENEMIGO

INMACULADA JIMÉNEZ MORELL

### RESUMEN

Assia Djebar, escritora argelina en lengua francesa, «la lengua del enemigo», es miembro desde 2006 de la Academia Francesa y Premio de la Paz (2000) otorgado por los libreros y editores alemanes.

⇒ PALABRAS CLAVE: Argelia, narrativa magrebí, Academia Francesa, Premio de la Paz.

## LA LENGUA DEL ENEMIGO

El 22 de junio de 2006 Assia Djebar<sup>1</sup> tomó posesión del sillón 5 de la Academia Francesa, un acto poco usual en las Academias, como su larga historia se obstina en demostrarnos<sup>2</sup>.

1 Pseudónimo literario de Fatma Zohra Imalayen.

2 En la actualidad, de los 40 miembros de la Academia Francesa cuatro son mujeres (tres de los cuarenta y seis que componen la Española). La primera en atravesar la puerta para ocupar un sillón de tan docta institución fue Marguerite Yourcenar, en el año 1980. Dos años antes, Carmen Conde hacía lo propio en la Real Academia Española. Más de un siglo costó a las mujeres tener una presencia –que podríamos calificar de testimonial– en tan alta institución. Ya a mediados del siglo XIX, Gertrudis Gómez de Avellaneda, una de las primeras escritoras españolas que pretendió ser admitida, se lamentaba así de su fracaso: «Como desgraciadamente la mayor potencia intelectual no alcanza a hacer brotar de la parte inferior del rostro humano esa exuberancia animal que requiere el filo de la navaja, ella ha venido a ser la única e insuperable distinción de los literatos varones, quienes –viéndose despojados día a día de otras prerrogativas que reputaban exclusivamente suyas– se aferran a aquella con todas sus fuerzas de *sexo fuerte*, haciéndola prudentísimamente el *sine qua non* de las académicas glorias». Véase Gertrudis Gómez de Avellaneda, «La mujer considerada particularmente en su capacidad científica, artística y literaria», *Álbum Cubano de lo Bello y lo Bueno*, en *Obras literarias de la srta...* Colección Completa, Madrid, Imprenta Rivadeneira, 1871.

Pero si inusual es que una mujer ocupe uno de sus sillones, más sorprendente es si cabe que quien lo ocupe sea una «antigua colonizada». Assia Djebar es la primera persona de origen magrebí que accede a la Academia.

Recuerdo que el año pasado, en junio de 2005, el día en que me eligieron ustedes a su Academia, respondí a los periodistas que buscaban mi reacción que estaba contenta por la francofonía del Magreb. Se imponía la sobriedad, pues tenía la sensación casi física de que sus puertas se abrían no solo para mí y mis libros, sino para las sombras todavía vivas de mis compañeros –escritores, periodistas, intelectuales, mujeres y hombres de Argelia que en la década de los noventa pagaron con su vida el hecho de escribir, exponer sus ideas o, sencillamente, enseñar... en francés<sup>3</sup>.

Sombras vivas que convoca en *El blanco de Argelia*<sup>4</sup>, porque el blanco es el color del luto para los musulmanes... Por sus páginas desfilan como en una procesión ritual esos «queridos desaparecidos», abatidos por los cuchillos o las balas de la intransigencia: a tres de ellos, Tahar Djaout –escritor, periodista y crítico literario–, Youssef Sebti –sociólogo– y Abdelkáder Alloula –uno de los más populares dramaturgos argelinos– dedicó años antes el Premio de la Paz que, en el año 2002, le otorgó la Asociación de Editores y Libreros alemanes.

Este nombramiento podría no ser más que una anécdota, desde luego una anécdota importante en la vida de una escritora, si no

3 Discurso pronunciado en sesión pública, con motivo de su entrada en la Academia, París, Palacio del Instituto, jueves, 22 de junio de 2006.

4 Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, Guadarrama, 1998.

fuera por el hecho de que la ambigua/dolorosa relación con la lengua francesa, lengua del enemigo, del colonizador, ha sido y sigue siendo la esencia misma de su escritura desde sus primeras obras.

Una escritura que a lo largo de sus más de cuarenta años de actividad literaria ha ido tejiendo en difícil arabesco esa lengua del Otro con las del origen: el bereber de sus abuelas y el árabe, salpicado de bereber y con melodía andalusí, de su madre: «El sonido del origen fermentó en el propio corazón del francés»<sup>5</sup>.

## COMO SI FUERA UN CHICO

La relación de Assia Djebbar con la lengua del colonizador se inicia a una edad temprana. Y es precisamente su padre —la persona que debía vigilar su entrada en el gineceo para salvaguardar su honor— quien le abre la puerta —real y simbólica—... al conocimiento, a la libertad:

Chiquilla árabe que va por primera vez a la escuela, una mañana de otoño, de la mano de su padre. Éste, cabeza tocada con fez, la silueta alta y erguida dentro del traje europeo, lleva una cartera y es maestro en la escuela francesa. Chiquilla árabe en un pueblo del Sahel argelino<sup>6</sup>.

Aún me producen emoción estas palabras recogidas en las páginas del primer libro que traduje de Assia. Esa chiquilla me tendió la mano y caminé junto a ella recorriendo las páginas de la his-

5 Véase n. 3.

6 *El amor, la fantasía*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 1990, p. 11.

toria dolorida de su país. El viaje duró cuatro libros. Pero fue en éste cuando se produjo la fascinación.

Ese gesto paterno: tomar de la mano a su hija mayor y encaminarla hacia la escuela –algo tan trivial en nuestros días– se revela gesto revolucionario, fundador.

No recuerdo nada de la sesión del fotógrafo de escuela; al menos de la primera fotografía en que aparezco, precisamente en esa clase de chicos.

La miro ahora, tantísimos años después. (...)

Me pusieron en medio de la primera fila: una chiquilla de frente abombada, pelo negro corto y de mirada sin duda resuelta, pero que no sé cómo definir. En la pizarrita que sostiene un chico sentado está escrita la fecha del año escolar en tiza: 1940. (...)

Recrear el momento de posar: mi padre hizo que se sentaran afuera, delante de la puerta, todos sus alumnos: los más pequeños y más bajos, delante, sentados en dos filas, lo mayores detrás, de pie. Debí de pasar revista al estado de sus indumentarias, para que no parecieran tan flacos. A continuación se colocó a un lado: todos están listos para la foto.

¿Y yo? Debía de estar esperando, dócil y silenciosa, un poco apartada, a un lado. Era la primera vez: nadie me había explicado el ritual de la foto de clase. De repente... ¿Qué impulso de repente arrastró a mi padre? Me miró. Me vio sola, esperando, e intimidada, como de costumbre. ¿Qué le pasó? ¿Una repentina ternura? ¿Un sentimiento vago de injusticia al verme sola, separada de aquellos niños, como excluida? Por un instante olvidó que era una niña, y por lo tanto un ser aparte para sus alumnos... Vino a buscarme y me cogió de la mano; mandó retroceder a los niños de la primera fila y me sentó en el centro, frente al fotógrafo... Volvió a su sitio de maestro vigilante.

Y entonces yo, como presidiendo: inesperada reina entre futuros guerreros. Presidiendo y sin saberlo.

Para el maestro, ahora todo está en su sitio, justo antes del disparo, se estira y espera junto a los que instruye. Posa para los demás –para todo el pueblo, incluida la pequeña sociedad colonial a la que insolentemente provoca con su orgullo y sus reivindicaciones igualitarias. Posa orgulloso junto con los cuarenta chicos que educa, y no solo en el aprendizaje del francés, y orgulloso también de su hija mayor –es una niña, bueno y qué–, y la ha colocado en el centro.

Ahí se queda la chiquilla, con el torso ligeramente inclinado hacia delante, la cara tensa y con una mirada seria que no corresponde a su edad –cuatro años, tanto como decir cuarenta dentro de nada. Se da cuenta, pero muy confusamente, de que desentona: en otros sitios esto no debe de pasar, colocar a una chiquilla completamente sola en medio de cuarenta niños, y además mayores. No sabe que los intimida; los percibe como una presencia única, respetuosa, pero desconfiada, por no decir hostil. Su padre, a un lado, espera, como todos, el disparo.

Fue la primera fotografía que me hicieron. Un día de clase en los comienzos de la guerra mundial en un pueblo del Sahel argelino<sup>7</sup>.

## ÚNICA Y PRIMERA

La fotografía me habla desde la distancia en el tiempo e ilumina con otro matiz su escritura. La pequeña Fatma es la única niña en

7 *Grande es la prisión*, Ediciones del Oriente y del mediterráneo, Guadarrama, 1997, pp. 345-347.

el nutrido grupo de chiquillos que asisten a la escuela donde es maestro su padre. Única. Primer desgarró.

De modo que Fatma/Assia es una niña como las demás –niña entre las mujeres de la casa, va al *hamman*, asiste a bodas con su madre, sus tías y sus primas, aprende a bailar al ritmo de las palmas que acompañan la música en las fiestas de mujeres–, y no lo es. Cuando llegue la edad núbil no se velará como la mayoría de sus iguales, es más, vivirá alejada de la familia, interna en una ciudad de provincias, Blida, donde estudia bachillerato en la rama de lenguas clásicas. También aquí será la única musulmana de su clase; las otras argelinas, unas veinte, a las que llaman «indígenas», pertenecen a la sección de modernas.

A aquel primer desgarró vivido por todos los magrebíes escolarizados por Francia en sus colonias –sonrisa irónica y condescendiente cuando rememoran y relatan los años en que estudiaban las hazañas de «sus» antepasados galos– se suma la separación física de la familia: sentimiento ambiguo. A la libertad de gozar plenamente de sus horas de estudio y amistad con muchachas de procedencia diversa, al placer de embelesarse con las lecturas de los grandes escritores... franceses, se contrapone el sentimiento de desarraigo: ágrafa en su lengua de origen, distanciada de sus iguales, con las que se reúne durante el periodo vacacional. Pero ya no es lo mismo.

El francés, ese idioma del «enemigo», va abriéndole el camino que la conducirá a París, donde estudia Historia en la Escuela Normal Superior. También allí será la primera argelina que se inscriba. Única y primera. Parece un signo.

## EL COMPROMISO

En los convulsos años cincuenta (la guerra de Argelia comienza en 1954), Fatma se aparta del estudio, participa en la huelga de estudiantes argelinos en París de mayo-junio de 1956, y no se examina: suena la hora de la independencia y decide tomar parte activa en ella. Escribe y publica. Con *La soif (La sed)*, que escribe en dos meses y que se traduce enseguida con enorme éxito en Estados Unidos, inicia su carrera literaria, adoptando ya el pseudónimo de Assia Djebbar. En 1958 continúa con el boicot a los exámenes y se ve obligada por la dirección a abandonar la Escuela. Se traslada a Túnez, donde colabora con Frantz Fanon en el *Moudjahid*, órgano de prensa del clandestino FLN (Frente de Liberación Nacional), y visita los campos de refugiados de argelinos en la frontera entre Túnez y Argelia. Durante tres años, da clase de historia moderna del Magreb en Rabat. En 1962, regresa a Argel en los primeros días de la independencia. En septiembre de ese año, es nombrada profesora de Historia –también la única–. En 1964, tras el golpe de Estado de Bumedian y la política de arabización, que obliga a impartir las clases en árabe, pide la excedencia y regresa a París.

## ESCRITURA Y MOVIMIENTO

Desde aquella mañana de otoño en que su padre la llevó de la mano a la escuela no ha dejado de moverse. Porque para Assia escritura y movimiento están íntimamente ligados. Así lo recordó más de tres décadas después, cuando en el año 2000 recibió el Premio de la Paz que otorgan los libreros y editores alemanes:

No habría iniciado con ardor mi carrera literaria (y esto puede sorprender) si no me hubiera gustado recorrer anónimamente las calles de las ciudades, curiosa, *como si fuera un chico* (subrayado mío), y aún hoy como una simple paseante. La libertad de moverse y desplazarse. Esta es para mí la primera de las libertades<sup>8</sup>.

Palabras pronunciadas ocho años después de que se iniciaran los nuevos «sucesos» de Argelia, la guerra sucia, soterrada, no reconocida, que ensangrentó el país y que tuvo como uno de sus blancos preferido a las mujeres que se «movían» fuera de su esfera, es decir, de las cuatro paredes de su casa. Ni el velo islámico sirvió en muchos casos de freno.

¡Ay, hermana mía!, tengo miedo, yo que creí despertarte. Tengo miedo de que las dos, las tres, todas –salvo las paridoras, las madres guardianas, las abuelas necrófagas– nos volvamos a encontrar atadas en «este occidente de Oriente», en este lugar de la tierra donde brilló para nosotras con tal lentitud la aurora, que ya, por todas partes, nos cerca el crepúsculo<sup>9</sup>.

Con este párrafo premonitorio pone fin en 1986 a *Sombra sultana*, la segunda entrega de su quator argelino –inmenso fresco que inicia *El amor, la fantasía* y se continúa con *Grande es la prisión*– y que es ya escritura de madurez: biografía personal y «biografía» del país, historia con mayúsculas e historia de las gentes sin

8 Discurso pronunciado con motivo de la entrega del Premio de la Paz de los libreros y editores alemanes, Fráncfort, octubre de 2000.

9 *Sombra sultana*, Guadarrama, ediciones del oriente y del mediterráneo, 1995.

historia, de las mujeres en suma, se entrelazan, como la historia de Hayila e Isma, la una sultana, sombra la otra. Sherezad y Duniazad.

## ¡ACCIÓN!

Desde 1967 hasta 1980 su pluma deja de correr. Silencio de más de diez años, durante los que se va gestando esa escritura de madurez en la que expresará con lengua propia todas sus heridas.

Pero la gestación no es muda. Vuelve al origen, a la caverna que le devuelve los sonidos de la lengua materna, terciopelo y espinas. Lengua de amor, ternura sororal, calor del gineceo. Memoria.

Y de esa búsqueda, de ese deseo, quizá, de recuperar su voz dormida, nacen sus dos largometrajes, saludados por la crítica, *La Noubas des femmes du mont Chenoua*<sup>10</sup> y *La Zerda des chants de l'oublie*<sup>11</sup>.

Dije: «acción». La emoción me embargó. Como si, conmigo, todos los harenes hubieran susurrado: «acción»<sup>12</sup>.

Acción, sinónimo de movimiento. ¡Muévete, camina, actúa! Y la cámara va escribiendo las palabras, las frases que habitarán las páginas de *Grande es la prisión*:

10 *La nuba de las mujeres del monte Chenoua*, Premio de la Crítica en la Bienal de Venecia de 1979.

11 *La zerba o las canciones del olvido*, Premio a la mejor película histórica en el Festival de Berlín de 1983.

12 *Grande es la prisión*, op. cit., p. 222.

Cuerpo hembra velado enteramente con una sábana blanca, el rostro enteramente oculto, solo se deja libre un agujero para el ojo. (...) Esa imagen –realidad de mi infancia, de la de mi madre y de mis tías, de mis primas a veces de mi misma edad, ese escándalo que de niña viví como norma– está aquí, surge en el inicio de esta búsqueda: silueta única de mujer, reuniendo en los faldones de la sábana-mortaja los aproximadamente quinientos millones de segregadas del mundo islámico<sup>13</sup>.

## EXILIO

Tras ese paréntesis: «Yo habría podido ser, a finales de los años setenta, cineasta de lengua árabe a la vez que novelista francohablante»<sup>14</sup>... Pero no fue así: las estructuras asfixiantes de la cinematografía de Estado de su país la disuadieron<sup>15</sup>. Y recobra la escritura, que ya no abandonará nunca. Se instala en ella, como en un territorio propio, en un cuarto propio.

Fuera ya de Argelia, desde su exilio (¿es la palabra adecuada?) voluntario en París o Nueva York, camina y escribe; escribe y camina, como en aquellos inicios apasionados de su carrera, *como si fuera un chico*. El francés aprendido metamorfoseado en francés suyo: ya no se trata de hablar con el otro o como el otro, sino de

13 *Ibid.*, «Mujer arable 1», p. 223.

14 Véase n. 3.

15 El largometraje *La nouba des femmes du mont Chenoua*, que había sido seleccionado para el Festival de Cine de Cartago, tras su primera proyección en Argel, que produjo un verdadero revuelo, fue retirada de la competición a raíz de las presiones procedentes de Argelia. Los críticos extranjeros protestaron, reclamando una nueva proyección (véase Mireille Calle-Gruber, «Cronología», *Assia Djebar*, adpf, París, 2006).

hablar *diferente*. Instalada en el margen de la lengua, desentraña sus secretos y cicatriza sus heridas, herencia irrenunciable.

Abre los brazos de su escritura a la historia enterrada de su patria de origen, a la memoria olvidada, da voz a las sin voz, invita a la conquista del afuera, ese espacio que para las mujeres de su «tribu», incluso las de su edad, era agujero negro, vacío lleno de incertidumbre y peligros, espacio ajeno... al que sólo se accedía a través de celosías –figura constante en su narrativa, la mirona– y azoteas... O –deprisa, deprisa, pegadas a las paredes, cubiertas de la cabeza a los pies, fija la mirada en el suelo al cruzarse con un extraño y siempre acompañadas por un varón– camino del baño o de la mezquita en las fiestas de guardar. El camino no contaba, sólo la meta. Assia camina sin rumbo, sin meta, «mirona», pero afuera: libertad de ver y ser vista, de «desnudar» el cuerpo –desnuda es la palabra que se utiliza para referirse a una mujer que sale fuera de la casa sin velo–.

Escritura en lengua francesa, sí, pero con el oído atento a los sonidos de la lengua materna –a medio camino entre el bereber de las montañas y el árabe de la ciudad cercana<sup>16</sup>–, una lengua más allá de las lenguas «que sólo la literatura puede secretar»<sup>17</sup>.

Y Assia resume en las siguientes palabras el itinerario que estas líneas han querido dibujar:

Mi francés, forrado con el terciopelo, pero también con las espinas de las lenguas ocultadas de antaño, quizá cicatrizará mis heridas de la memoria.

16 Su madre, Bahia Sahraoui, era originaria de la tribu de los Berkani de las montañas de Dahra. La ciudad a la que alude es Cherrchell, antigua Cesarea, capital de la Mauritania romana.

17 *Assia Djébar, op. cit.*